2.
Una aproximación conceptual a la estupidez

Uno de los principales problemas y necesidades de un estudio pedagógico de la estupidez es la delimitación conceptual suficientemente clara. En el lenguaje cotidiano o culto, términos como ignorancia, idiotez, necedad, tontería, estulticia o estupidez pueden emplearse indistintamente. A ellos podrían añadirse otros próximos, como simpleza, insensatez, majadería, tontería, desatino, sandez, fatuidad, obcecación o torpeza, entre muchos otros. Considerar equivalentes estas nociones dificulta la comprensión educativa del fenómeno y contribuye a su invisibilidad o exclusión pedagógica. Resulta necesario distinguir estas nociones, aun siendo consciente de que entre ellas existen zonas de solapamiento y relaciones recíprocas.

La ignorancia constituye probablemente el concepto más sencillo. Se refiere a la falta de conocimiento respecto a una cuestión determinada. Es inevitable, porque ningún ser humano puede conocerlo todo. En sí misma, la ignorancia no representa un problema pedagógico relevante; más bien puede entenderse como una oportunidad formativa. Toda educación profunda debería partir de su reconocimiento. Sin embargo, la práctica educativa habitual rara vez se organiza desde la conciencia de ignorancia.

Ahora bien, desde la ignorancia caben dos posibilidades: que se sea consciente de ella o que se ignore o se niegue. Esta disyuntiva no es baladí. Con frecuencia, la evaluación inicial se centra en los conocimientos previos (Ausubel, 1978), relegando a un segundo plano el reconocimiento de lo que no se sabe. Esta posibilidad didáctica hunde sus raíces en una tradición mucho más antigua. Confucio (1969) relacionó el conocimiento y la sabiduría con la conciencia de lo que se sabe y de lo que se ignora. Posteriormente, Platón (1871), al recoger las enseñanzas de Sócrates, convirtió la conciencia de ignorancia en una condición favorable al conocimiento. Desde una perspectiva pedagógica, la ignorancia reconocida, asociada además a la duda, la humildad, la objetividad y una madurez capaz de ir más allá del ego, puede transformarse en apertura, disponibilidad para aprender y posibilidad de formación.

El problema aparece cuando la propia ignorancia permanece inadvertida. Diversos autores han señalado que la dificultad no reside tanto en no saber como en no ser consciente de que no se sabe. Desde el ERI, se repara además en que un obstáculo aún mayor consiste en no ser consciente de que no se es consciente de algo. Con esta comprensión, la ignorancia ignorada constituye una condición especialmente relevante para comprender la génesis de determinados comportamientos estúpidos. Así, quien reconoce sus límites puede aprender; quien desconoce sus propias limitaciones tiende a quedar encerrado en ellas.

La idiotez presenta un matiz diferente. Gómez Ramos (2014), siguiendo a Erdmann (2007), recuerda que la etimología griega de *idiota* remite a quien permanece encerrado en lo propio (*idion*), incapaz de trascender su perspectiva particular. La idiotez no consiste necesariamente en carecer de conocimientos, sino en interpretar la realidad exclusivamente desde el propio punto de vista singular. En este sentido, resulta compatible e incluso puede acompañar a ciertas formas de creatividad brillante, incluso socialmente reconocida pero desvinculada de la conciencia (Herrán, 2014a). Esta

observación resulta particularmente relevante para la Pedagogía porque desplaza la atención desde la cantidad de conocimiento hacia la amplitud de la conciencia. Así, la idiotez expresa una limitación de perspectiva antes que una limitación intelectual. Se relaciona más con el egocentrismo y la inmadurez del juicio que con la inteligencia.

La necedad incorpora un componente adicional. Habitualmente se asocia a la persistencia en errores que podrían evitarse, a la resistencia a modificar juicios desacertados o a la negativa a reconsiderar comportamientos perjudiciales. Nietzsche (2011a, 2011b) relacionó fenómenos próximos a la necedad con la moral de rebaño, el conformismo y la dificultad para sustraerse a creencias colectivamente consolidadas. Esta observación resulta pedagógicamente relevante porque desplaza la atención desde las limitaciones individuales hacia procesos culturales de identificación y dependencia grupal. La literatura clásica ofrece numerosas observaciones sobre este fenómeno. Voltaire (1893) advirtió la tendencia de la estupidez a persistir incluso frente a la evidencia, el razonamiento y la experiencia, mientras que Montaigne (2013) observó que todos los seres humanos dicen necedades; el problema comienza cuando se sostienen con convicción inquebrantable. La necedad parece implicar una combinación de rigidez, obstinación y falta de autocrítica. Además, resulta compatible con la idiotez, la ignorancia, la estulticia y otras formas de limitación formativa.

La tontería suele referirse a manifestaciones más superficiales, circunstanciales o triviales. Se expresa en acciones, juicios o comportamientos de escasa entidad. No presupone necesariamente una limitación profunda de la conciencia o de la formación. En ocasiones es una licencia de personas inteligentes y capaces que la utilizan deliberadamente como recurso para provocar, explorar u observar reacciones. Por ello, cabe distinguir entre la tontería propia de quien actúa desde la limitación y la tontería ocasional de quien la adopta conscientemente sin quedar definido por ella.

En este sentido, puede entenderse como una forma de estupidez frívola, caracterizada por su escasa profundidad y por una relativa desconexión con lo relevante para la sociedad, los demás o uno mismo. Puede aparecer de forma episódica, periférica o responder a una finalidad concreta. En su expresión más característica puede reconocerse en la persona tonta o ñoña, que parece desenvolverse en un mundo paralelo, lúdico y relativamente desvinculado de la realidad, salpicado de ocurrencias, simplezas o bobadas continuas, provocando o haciendo con frecuencia el ridículo sin advertirlo o sin concederle importancia.

También puede expresarse mediante formas de exhibición, teatralización o búsqueda de singularidad que alcanzan la apariencia personal, la estética o la conducta social. En ocasiones, la tontería puede desempeñar una función exploratoria, lúdica o experimental, favoreciendo la observación de reacciones propias y ajenas o la toma de distancia respecto de convenciones establecidas. Su principal limitación radicaría en una desconexión relativamente persistente de lo relevante, lo oportuno o lo significativo de cada situación o de la vida. Según su intensidad, orientación o permanencia, puede ser episódica o constitutiva, y llegar a saturar una personalidad o incluso una colectividad.

La estulticia ocupa una posición intermedia entre la necedad y la estupidez. Tradicionalmente ha aludido a una forma persistente de falta de juicio, reflexión o sabiduría práctica. A diferencia de la tontería episódica, no se caracteriza por actos aislados, sino por modos relativamente estables de relación con la realidad. En este sentido, conecta con la tradición clásica y humanista, desde Séneca (2012) hasta Erasmo de Rotterdam (2011), cuya reflexión sobre la necedad y las limitaciones humanas

constituye uno de los antecedentes más próximos de algunas elaboraciones contemporáneas sobre la estupidez.

Finalmente, la estupidez comparte rasgos con la ignorancia, la idiotez, la tontería, la estulticia y la necedad, pero no se identifica plenamente con ninguna de ellas, porque en cierto modo las trasciende. Por ello, podría hablarse de estupidez ignorante, de estupidez idiota, de estupidez necia, de estupidez tonta o de estupidez estulta, según el parámetro u orientación predominante. Desde la perspectiva de este ensayo, la estupidez alude a una limitación educativa compleja caracterizada por la resistencia a la propia transformación formativa. Añade, además, un componente distintivo: la persistencia en el error, pese a la posibilidad de reconocerlo, comprenderlo, rectificarlo o superarlo. Desde una perspectiva formativa, podría entenderse por «lo estúpido» aquello que, siendo perjudicial para uno mismo, para otros o para ambos, tiende a reiterarse a pesar de sus consecuencias y de la posibilidad de advertirlas y trascenderlas. En este sentido, resulta especialmente esclarecedora la observación de Zhuang Zhou, Zhuang Zi o Chuang Tzu (-369 a -286), quien señaló: "Reconocerse idiota es ya no ser muy idiota; reconocer el propio error es no estar ya en gran error. El gran error es el que nunca se llega a entender. La gran idiotez es la que dura toda la vida sin esclarecerla" (Chuang Tzu, 1977, p. 290).

De la observación de éstos y otros rasgos asociados a la estupidez conviene añadir una consideración de alcance general. Ninguna persona queda completamente al margen de ella. Como ocurre con la conciencia, el ego o la discapacidad intelectual común, puede entenderse más adecuadamente como una cuestión de grado que como una condición absoluta. Tendría poco sentido dividir a la humanidad entre personas estúpidas y no estúpidas, del mismo modo que tampoco cabría distinguir entre quienes poseen ego y quienes carecen de él o entre quienes participan de algún grado de conciencia y quienes no. Lo más razonable sería reconocer que todos compartimos, en diferentes medidas y de formas diversas, posibilidades de estupidez.

Desde esta misma lectura, una persona estúpida no se definiría sólo por sus limitaciones, sino por su posibilidad desaprovechada de reconocerlas, revisarlas, transformarlas o trascenderlas. Dicho de otro modo, no toda persona que presente características asociadas a la estupidez debería considerarse necesariamente estúpida. Éste sería el caso de quienes, por determinadas limitaciones evolutivas, cognoscitivas, neurológicas o patológicas, carecen de una posibilidad suficiente de conciencia, revisión o transformación de aquello que condiciona su conducta. Así, una persona podría realizar acciones objetivamente absurdas, irracionales o perjudiciales sin que por ello resultase adecuado calificarla pedagógicamente como estúpida. La diferencia fundamental no residiría en el comportamiento observable, sino en la posibilidad de tomar conciencia de él, revisarlo y transformarlo. La estupidez no se definiría, por tanto, principalmente por lo que una persona hace, piensa o dice, sino por su relación con la posibilidad de reconocer, revisar, rectificar y trascender aquello que limita su conciencia.

Lo esencial de lo anterior, como consecuencia pedagógica, es que la estupidez es una posibilidad universal vinculada a la condición humana y educable. Su estudio no debería orientarse al señalamiento, a la descalificación o a eventuales (auto)evaluaciones no formativas, sino al reconocimiento de sus manifestaciones, en primer lugar, en uno mismo y, después, en los propios grupos de pertenencia y en los sistemas sociales, culturales, ideológicos, religiosos e institucionales de los que se forma parte. Por ello, toda persona, toda colectividad y toda acción humana pueden expresar simultáneamente grados variables de lucidez y de estupidez. En este sentido, la educación adquiere uno de sus

sentidos más profundos de su razón de ser. La superación de la estupidez aparece como una posibilidad tan ligada a la condición humana como a la esperanza pedagógica.

Por otra parte, la estupidez posee además una notable capacidad de 'contagio' o difusión interpersonal y social. Cuando no es reconocida ni afrontada educativamente, puede compartirse, normalizarse, reproducirse y transmitirse entre personas, grupos, organizaciones e instituciones. Su contagiosidad depende de la falta de conocimientos unida a procesos de identificación, imitación, conformismo, adhesión grupal, dependencia intelectual o aceptación acrítica de creencias, relatos y comportamientos. La educación de la estupidez adquiere especial relevancia no sólo como vía para reducir formas de estupidez personal, sino también para limitar su extensión cultural, institucional y social.

La estupidez se expresa especialmente mediante formas de autoperjuicio individual o colectivo, cuando se persevera en acciones, creencias o dinámicas que resultan objetivamente perjudiciales para sí y/o lo propio, a pesar de disponer de la posibilidad de reconocer sus efectos y rectificarlas. Desde una perspectiva pedagógica, la cuestión central vuelve a residir en las dificultades para advertir, comprender y transformar aquello que limita la propia conciencia y su evolución formativa.

En síntesis, podría entenderse como una combinación o cóctel variable de ignorancia ignorada, inconsciencia inconsciente, estrechez de conciencia, incapacidad para incorporar otras perspectivas, condicionamiento, inmadurez, rigidez cognitiva y dificultad para revisar críticamente las propias creencias y comportamientos, incluida la persistencia en el error aun cuando sus consecuencias resulten perjudiciales para uno mismo o para aquello con lo que uno se identifica.

La estupidez eclipsa la conciencia. Nubla el juicio. Dificulta la percepción de la realidad. Evita su comprensión. Reduce o bloquea, según su intensidad, la capacidad de reconocer, rectificar y superar los propios errores. Como en un eclipse, la conciencia permanece, pero queda oscurecida por procesos básicos del ego. Con ella disminuye la capacidad de ver con amplitud, claridad, sentido de realidad y de posibilidad. Ningún elemento por separado la define completamente, pero su convergencia permite aproximarse a la complejidad del fenómeno y del constructo.

La distinción entre ignorancia, idiotez, necedad, tontería, estulticia, inmadurez adulta y estupidez no constituye un ejercicio terminológico menor. Posee importantes implicaciones pedagógicas. Si la estupidez fuera únicamente una forma de ignorancia, bastaría con transmitir conocimientos para reducirla. Si consistiera exclusivamente en una insuficiencia intelectual, la solución dependería principalmente de una enseñanza compensatoria. Pero si hunde parte de sus raíces en la inmadurez adulta, el egocentrismo, la ignorancia ignorada o la estrechez de conciencia, entonces deja de ser un asunto exclusivamente intelectual o afectivo para convertirse en un problema genuinamente pedagógico. Esta posibilidad obliga a replantear no sólo qué se enseña, sino también qué se entiende por formación y si la estupidez no podría tener algo que ver con ella.